ROSARIO QUIROGA DE URQUIETA



## Aquí van los cuentos







E sta historia sucede en uno de los barrios de la zona de Sarco, al noroeste de la ciudad de Cochabamba.

Lugares como éste van perdiendo poco a poco su original paisaje de años atrás, en el que existían huertas de considerable extensión con variedad de árboles frutales, sembradíos de verduras y plantaciones de maíz que ofrecían el inigualable choclo. Cómo no, el choclo de Sarco famoso por su sabor, especial para la tradicional como exquisita humita cochala. Sarco era también un verdadero jardín con infinidad de flores.

Toda esta naturaleza pródiga estaba regada por las aguas del río Pintumayo que alimentaba a las acequias que atravesaban las casas. Casas que no necesitaban, como las de ahora, de muros altos con alambres de púas o conectados a cables de alta tensión eléctrica con letreros que anuncian: "¡Peligro!", "Propiedad protegida", "Aquí hay perros asesinos".

En ese tiempo no se hablaba de seguridad ciudadana y los medios de comunicación no se teñían de amarillo ni de rojo. La vida era más simple, tranquila y los barrios parecían ser habitados por una familia grande.

En la calle Apumayo de esa zona de Sarco vive don Jorge que ahora es un relocalizado de las minas. El trabajo duro de mina adentro le ha dejado un daño irreversible en los pulmones quitándole casi el 60% de capacidad física como para poder hacer alguna tarea más remunerada que le permita mantener en mejores condiciones de vida a su familia de cinco miembros con: una hija mayor que fue madre soltera a sus 16 años cuya niña ya tiene 10 años. Algunas veces esta hija mayor sale también a trabajar lavando ropa y planchando, pero esto no lo puede hacer muy seguido pues se dedica a las labores domésticas de la casa y al cuidado de su pequeña hija. Los otros hijos son Álvaro, adolescente de trece años y Carlos, el hijo menor, ambos cursando el nivel secundario en un colegio fiscal. Ellos también algunos sábados van de ayudantes de albañil a ganarse unos pesos para sus gastitos que tiene todo joven.

La esposa de don Jorge murió hace unos años con cáncer de matriz; no la pudieron salvar porque la enfermedad ya estaba muy avanzada. Además, se sabe de sobra que el sistema de salud en nuestro país no cubre el tratamiento de estas enfermedades.

Con la partida de ella no solamente se resquebrajaron los corazones; también se desequilibró mucho más la economía del hogar ya que, mientras la hija salía a trabajar, ella se ocupaba de administrar la casa con la limpieza, comida, ropa para el esposo, los hijos y la nieta. Sufrieron mucho con la muerte de la madre pero tuvieron que resignarse y seguir adelante con la vida haciendo el quite a los nubarrones de la pena y la carencia.



Don Jorge, pese al dolor y a la nostalgia que siente por la ausencia de su compañera que era su consuelo, su paño de lágrimas y su frontón porque en ella descargaba sus rabias y frustraciones, no ha perdido la esperanza en la vida ni su responsabilidad como jefe de familia. No olvida que debe ser ejemplo de fortaleza y fe para sus hijos. No se cansa nunca de recomendarles, de repetirles que, por la memoria de su madre, ellos deben estudiar y no perder el tiempo para no ser como él, un don nadie, relocalizado. Les dice que debían superarse para tener mejores condiciones de vida y ser siempre el referente de dignidad para sus futuros hijos.

Al final de la tormenta viene la calma.

Don Jorge, después de ver muchas otras posibilidades que le ayudasen a incrementar sus ingresos económicos, finalmente tomó una decisión.

Fabricaría una afiladora. Una máquina que sirva para afilar especialmente objetos de uso doméstico.

La afiladora es un instrumento de trabajo que todavía hoy se puede ver circular en las calles de zonas un tanto alejadas del centro urbano.

Don Jorge, con unos ahorros que tenía se procuró lo necesario para armar la máquina de afilar y él sería un afilador.

Esta máquina afilaría cuchillos, tijeras y podadoras, su fuerte serían los cuchillos de cocina.

Ese aparato está armado sobre base a una rueda de tamaño mediano que puede ser de bicicleta o de motocicleta. Esa rueda no sólo sirve para la movilización del afilador sino también para el objetivo principal que es el de afilar los objetos. Estando parada la rueda se la hace girar con un sistema de poleas produciendo energía y en una especie de cinturón está pegada una lija, ya sea gruesa o delgada, a la cual con la mano se va presionando el objeto que se quiere afilar.

Don Jorge cada mañana, después de asearse y ayudar un poco en el cuidado de las plantas de la pequeña área verde que tiene en la casa, se viste con su overol plomo y su infaltable gorrita. Enseguida sale rumbo a las calles de los distintos barrios de la zona de Sarco haciendo sonar su silbato, el cual tiene un sonido inconfundible que las amas de casa o trabajadoras del hogar al identificarlo, salen inmediatamente portando, especialmente, sus cuchillos de todo calibre para hacerlos afilar por 2 o 5 bolivianos, según el tamaño o estado del utensilio.

-Don Jorgito, ya lo estaba extrañando. ¡Dónde se me ha perdido! Ya son casi dos meses que no viene por estos lados- le dice una vecina.

-Sí, mi querida señora. A veces tengo que cambiar de rumbo para darles un tiempo de desgaste a los cuchillitos pues. Por eso recorro otros barrios, según tengo anotado en mi cuaderno. Sin embargo, para mi pena, estoy notando que en algunos lugares ya no distinguen el sonido de mi silbato. Ya no es como antes, el negocito está bajando. Seguramente llevan sus cuchillitos a afiladoras más

sofisticadas de alta tecnología o finalmente los desechan para comprarse otros nuevos – contesta el afilador a tiempo de poner en marcha su máquina.

-Ay, don Jorgito; así nomás es la vida. Todo cambia y se moderniza, pero de esta vecindad no debe quejarse. Todos escuchan su silbato y salen – contesta la vecina secándose las manos en el consabido mandil a cuadros que identifica a las amas de casa o trabajadoras del hogar.

–Sí, sí, no debo ser ingrato. Me va bien nomás. En todo el día, con suerte, reúno hasta 50 pesitos que me puede ayudar en mi renta de jubilado y gracias a Dios y al alma de mi difunta esposa me caen de perilla para cubrir los gastos de mi casa. Lo que más me ayuda, y que también es mi orgullo y satisfacción porque alivia bastante mis pesares y penas económicas, es mi casita. Casita que me he podido hacer con la indemnización de la mina. Por lo menos eso voy a dejar a mi familia cuando me muera. Aunque no quiero morirme todavía porque me necesitan mis hijos y mi nietecita – dice don Jorge, suspirando.

-Ay, don Jorgito, feliz de usted que tiene su casita propia. Eso es muy importante. Un techo propio nos da dignidad y sobre todo, seguridad porque no hay peor cosa que vivir en alquiler con la preocupación de ser desalojados o tener cada vez un incremento en el costo de la renta – le dice la vecina mientras la máquina afiladora realiza su trabajo sin importarle las preocupaciones humanas.

El silbato se deja oír nuevamente.

El afilador cambia de rumbo.



Así don Jorge y su máquina son testigos de penas y alegrías de las personas que se acercan a requerir de sus servicios. Mejor si el día se alarga más. Así él tendrá más clientes para su negocito.

La tarde llega a su término.

Y empieza a perderse el Sol en el horizonte.

El afilador debe replegar su máquina y marchar a su morada.

En el trayecto, sin mostrar agotamiento ni atisbo de aburrimiento, va haciendo su conteo para ver cómo le fue, cuánto ganó hoy. Automáticamente su mano acaricia el bolsillo donde van a parar las monedas o el billete de los pagos. Está gruesito nomás, parece que estuvo buena la salida, se dice a sí mismo en voz baja. De esta manera se dibuja una sonrisa en su rostro y hay en él una sensación de tranquilidad cuando atraviesa el portón de su casita.

Allá en su casita están sus hijos, esperándolo. Ellos nunca han sentido vergüenza por el trabajo que realiza su papá; al contrario, se sienten orgullosos por su ejemplo de energía y dedicación que le tiene a toda la familia.

Atrás queda el ir y venir de objetos, cosas y personas.

Cada uno cumpliendo su destino con los altibajos que marca la vida o desenredando el entramado de los hilos del destino. Cada uno con su propia historia. Cada uno con su propio tejido.

Mañana será otro día y don Jorge repetirá su rutina hasta que el destino lo alcance.

No al viento, a tí te los cuento.

Cuentos (para todas las edades) en los cuales se quiere rescatar para la memoria y el recuerdo aquellos trabajos u ocupaciones que realizan grandes o chicos para su sobrevivencia, aportando en forma digna al desarrollo de la comunidad.

Afilador, lustrabotas, botador de basura, lavador de autos, rezadores y aguateros del cementerio, sepulturero, voceador de buses, canillita, son ocupaciones que en la mayoría de los casos se han convertido en oficios que se heredan de generación en generación. Sin embargo, con el desarrollo de la tecnología muchos de estos oficios ya están siendo sustituidos por máquinas.

Para el transeúnte cotidiano, que solamente mira o husmea y luego pasa directo, la ejecución de estos empeños laborales pasa desapercibido, porque forman parte -no sabemos hasta cuando- del paisaje circundante.

Detrás de la imagen está la historia.

Estas estampas de la realidad se han ficcionalizado convirtiéndolas en expresión literaria a partir del género de cuento.

Para las heroínas y héroes anónimos que realizan estos trabajos, nuestro respeto y admiración.

La autora

